

January 2014

## El ritmo silencio-palabra, clave para el encuentro y la escucha en un ambiente frenético

Antonio Ricaurte Cañas Gil

*Universidad de San Buenaventura, Bogotá, antoniocgil@hotmail.com*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

---

### Citación recomendada

Cañas Gil, A. R.. (2014). El ritmo silencio-palabra, clave para el encuentro y la escucha en un ambiente frenético. *Actualidades Pedagógicas*, (64), 131-141. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.3202>

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# El ritmo silencio-palabra, clave para el encuentro y la escucha en un ambiente frenético\*

*Antonio Ricaurte Cañas Gil*

Universidad de San Buenaventura, Bogotá, Colombia

*antoniocgil@hotmail.com*



*Resumen:* El propósito de este artículo es mostrar la necesidad de recuperar el silencio que, como un elemento antropológicamente esencial, se convierte en clave para el encuentro y la escucha del Otro, de sí mismo, de la naturaleza y de los demás, frente a un ambiente saturado de frenesí, de gritos y palabras que dominan al hombre contemporáneo. Muestra, además, cómo el silencio, el gusto por estar con los propios pensamientos y sentimientos, por escuchar y esperar, por evocar e imaginar, parece haber menguado, si no desaparecido en muchos ambientes sociales. En suma, lo que busca es presentar al silencio como una dimensión antropológica que es posible recuperar y vivir en medio de ambientes saturados por el ruido y el frenesí.

*Palabras clave:* silencio, palabra, escuchar, encuentro, lenguaje, frenesí, diálogo, reflexión, comunicación.

131



Recibido: 16 de marzo del 2014

Aceptado: 20 de junio del 2014

---

Cómo citar este artículo: Cañas Gil, A. R. (2014). El ritmo silencio-palabra, clave para el encuentro y la escucha en un ambiente frenético. *Actualidades Pedagógicas*, (64), 131-141.

---

\*

El artículo es fruto de la investigación que el autor ha desarrollado en Roma sobre el tema del silencio sagrado. Dicha investigación, finalizada en noviembre del 2011, se titula *El silencio sagrado: clave para una participación activa de los fieles en la celebración eucarística. Una mirada a partir del Vaticano II y de la documentación litúrgica posterior*. Esta temática continúa siendo profundizada ahora en su investigación doctoral.



*The Silence-Word Rhythm, Key to Finding and Listening in a Frenzied Atmosphere*

*Abstract:* The purpose of this article is to show the need to recover silence, which, as an anthropologically essential element, becomes key to finding and listening to Others, themselves and nature in an environment saturated with frenzy, screams and words that dominate the modern man. It also shows how silence, the love for being with your own thoughts and feelings, for listening and waiting, for evoking and imagining, seems to have diminished if not disappeared in many social contexts. In short, the purpose is to present silence as an anthropological dimension that can be recovered and experienced among environments saturated by noise and frenzy.

*Keywords:* Silence, word, listening, finding, speech, frenzy, discussion, reflection and communication.



*O ritmo silêncio-palavra, chave para o encontro e a escuta em um ambiente frenético*

*Resumo:* O propósito deste artigo é mostrar a necessidade de recuperar o silêncio que, como um elemento antropologicamente essencial, se transforma em chave para o encontro e a escuta do Outro, de si mesmo, da natureza e dos outros, diante de um ambiente saturado de frenesi, de gritos e palavras que dominam o homem contemporâneo. Mostra, além do mais, como o silêncio, o gosto por estar com os próprios pensamentos e sentimentos, por escutar e esperar, por evocar e imaginar parece haver minguado se não desaparecido, em muitos ambientes sociais. Em suma, o que busca é apresentar o silêncio como uma dimensão antropológica que é possível recuperar e viver em ambientes saturados pelo ruído e pelo frenesi.

*Palavras chave:* silêncio, palavra, escutar, encontro, linguagem, frenesi, diálogo, reflexão, comunicação.



## Introducción

**H**ay temas que suben y bajan en la escala de la popularidad. El del silencio es uno de ellos. Muy en boga hace ya varios años, fue desapareciendo poco a poco de todos los ámbitos de la vida. Parece, sin embargo, que frente al frenesí que vive el hombre contemporáneo, ha vuelto hoy a proponerse a nuestra atención con toda su fuerza y vitalidad.

Silencios, palabras, escuchas, claves que es preciso tener en cuenta en el clima de encuentro y diálogo comunicativo en nuestro quehacer cotidiano. De hecho, ¿qué razones habría para mejorar un estilo comunicativo si no fuera porque toca la esencia del hombre, la vocación y dignidad otorgadas al serle donada la vida?

La palabra no es la única realidad que entra en el complejo mundo de la comunicación; están también el silencio y la escucha. Con todo, se considera que la palabra es el bien máspreciado y propio que se le ha concedido al hombre. “A través del don de la palabra, no solo somos personas, sino que llegamos a serlo para el bien o para el mal, para el encuentro o la negación del otro, para la comunión o el conflicto” (Augieri, 1991, p. 88). De ahí que también se pueda hacer un uso escandaloso de la palabra, tanto que se llega a profanarla porque se habla desproporcionadamente y no se ve la necesidad de guardar silencio y prepararse a la escucha, desconociendo las palabras de Martí García: “El silencio, con mucha frecuencia, es más elocuente que la palabra debido al uso abusivo que se hace de ésta” (2012, p. 16).

Palabra, silencio, escucha, dones que parecen cada vez más atacados por la invasión de las imágenes, de los lenguajes informáticos, de los ritmos vertiginosos de la vida contemporánea y del frenesí constante que nos envuelve y asfixia cada vez con más fuerza. Ante nuestros ojos está un mundo que no tiene hambre solo de pan, sino también de palabras verdaderas, de



silencios que sepan escuchar, de encuentros humanos que sepan devolver el sentido de la esperanza y del valor inalienable de cada hombre. ¿Cómo sería posible una comunicación auténtica, es decir, plenamente humana y divina, sin las palabras, sin el silencio, sin la escucha, sin el diálogo atento e inteligente?

Para el desarrollo de este artículo se le ha querido dividir en tres momentos: un primer momento en donde se trata el ritmo silencio-palabra, anotando que ni solo silencio, ni solo palabra bastan, sino que deben mantener una continua y profunda dialéctica. El segundo momento desarrolla la aproximación al concepto de silencio, resaltándolo, no como mutismo o ausencia de palabra, sino como una experiencia que nos ayuda a entrar en contacto con los demás, con nosotros mismos, con la naturaleza y con Dios, sin desconocer que ello nos suscita temor. Por último, en las conclusiones se plantea y reitera que el silencio, a la vez que es un lenguaje, es también una cuestión de relación y comunicación, antropológicamente hablando.

## **El ritmo silencio-palabra como clave para la escucha y el encuentro**

134

■  
Estamos invadidos, literalmente, por ríos de palabras: reuniones en constante aumento para programar, evaluar, compartir, decidir; elaboración de documentos, análisis, estrategias, planes a corto y largo plazo; informaciones precisas y detalladas de la situación de cada institución para sus miembros; dispositivos que nos aseguran hasta el aburrimiento nuestras canciones preferidas; televisores y radios encendidos a todas horas; internet móvil, celulares que no conocen barreras de tiempo o espacio; pancartas publicitarias que tapizan cada rincón de nuestras ciudades; libros, revistas y periódicos de todo tipo; estéreos en el automóvil, la oficina, la casa. Hablar por hablar, solamente para huir de la incomodidad de un silencio compartido. Hablar para sentirse vivo y para justificar la propia existencia en el mundo. Es decir, “la palabra está gravemente enferma”, como bien lo recuerda García (2012, p. 17). La vida intelectual se vuelve cada vez más visual que conceptual. Es más importante sentir o ver que escuchar y comprender.

El silencio, el gusto por estar con los propios pensamientos y sentimientos, por escuchar y esperar, por evocar e imaginar, parece haber menguado, si no desaparecido. Las palabras se asemejan cada vez más a notas amontonadas sin pausas. A este respecto, Romano Guardini (1972) diría: “Quien no

sabe callar hace de su vida aquello que haría quien quisiese solo espirar y no inspirar” (p. 198). Y como lo recuerda Heidegger, el ritmo silencio-palabra pertenece a la naturaleza más profunda del hombre; y tal vez, es todavía más verdadero que el hombre pertenece a aquel ritmo, pues esto es el mismo ritmo del ser (1987, p. 216).

Martin Heidegger, en su libro sobre el habla, afirma que el hombre no sería tal sin la palabra. Asimismo, tampoco existiría el mundo si no existiera el habla humana. Al ser nombradas, las cosas son invocadas para ser cosas; por eso, según la expresión acuñada por el citado filósofo, el lenguaje se convierte en la casa del ser (1987, p. 217). Y la palabra es la expresión más propia del ser humano, de su tensión inagotable de entrar en relación con el otro y consigo mismo. Y para ello es necesario adentrarse por el camino del silencio que nos lleva a la escucha atenta y dialogal. Tener el don del lenguaje supone un privilegio inédito en el universo y no puede ser reducido a una facultad de expresión y comunicación, por importante que sea. Por eso el ser humano siente una tensión originaria hacia el lenguaje, necesita ser llamado mediante el lenguaje y responder mediante él. Según Heidegger, la capacidad de hablar no es solo *una* facultad del hombre, de idéntico rango que las demás, sino que constituye su rasgo esencial. El hombre no sería tal si le fuera negado el hablar incesantemente, desde todas partes y hacia cada cosa (1987, p. 217). Al respecto Ebner sostiene: “La vida espiritual del hombre está unida íntima e indisolublemente al lenguaje y, lo mismo que éste, se afirma en relación del yo con el tú”.<sup>1</sup>

Por su parte, Bonaccorso (1989) piensa que “es preciso escucharnos para apropiarnos de lo que pensamos y sentimos para hacerlo nuestro, antes de que se manifieste como palabra. Se trata de un proceso que nos hace más responsables, que nos ayuda a escudriñar nuestros límites y riquezas, a llevarlos con mayor precisión a la luz de nuestra conciencia” (p. 229). Es un ejercicio de libertad porque nos impone una elección entre lo que queremos o no queremos expresar, entre lo que es correcto o no manifestar. Sin la paciencia de la escucha nacida del silencio —continúa Bonaccorso—, “el riesgo de ser vagos, confusos o impulsivos es, obviamente, muy alto. Pero el lenguaje, al mismo tiempo, es diferencia en cuanto que habla solo a partir de la profundidad del silencio” (p. 230). La liturgia, el rito y la misma experiencia religiosa del hombre no pueden olvidarse del ritmo palabra y

<sup>1</sup> La cita está tomada del *Diccionario del pensamiento contemporáneo* (1997, p. 711).

silencio. El rito, en particular, lo presupone, al menos, bajo dos puntos de vista: uno externo al rito y otro interno. Es decir, puede hablarse de una dialéctica entre el silencio y la palabra, pues el seno en el que se gesta la palabra es precisamente el silencio:

El silencio y la palabra no son términos opuestos: son dos aspectos que forman el lenguaje humano. De ordinario confundimos el lenguaje con la palabra, pero la palabra es solo la mitad del lenguaje. El lenguaje humano está constituido por silencios y palabras [...]. Ni palabra sin silencio, ni silencio sin palabra. Es el binomio civilizado de la comunicación. Por decirlo en positivo: el silencio es la dimensión profunda de la palabra: el fecundo seno materno donde toma carne la palabra. La palabra con mensaje es engendrada siempre en el seno del silencio. Una palabra nacerá más grávida de mensaje cuanto más alimentada y asimilada haya estado en el seno fecundo del silencio. El silencio es el ámbito donde el pensamiento engendra, donde crece y madura hasta llegar a sazón el mensaje denso que luego expresará la palabra. (Arroniz, 2005, p. 186)

136

## Aproximación al concepto de silencio

Detengámonos ahora un poco más en el silencio. ¿Qué es el silencio? Más que intentar saber qué es el silencio, sería mejor, sin duda, preguntarnos cómo podemos llegar a experimentarlo de nuevo en nuestros ambientes saturados de tantos ruidos, voces y frenesí. Sin embargo, para atisbar una primera luz, y de la mano de Martini, podemos decir ante todo que:

El silencio no es mutismo, es decir, ausencia de palabra, de comunicación (el mutismo es la muerte) [...]. El silencio es aquella condición por medio de la cual, o en la cual, yo consigo escuchar verdaderamente una persona. Por tanto, cuando me escucho de verdad a mí mismo —lo cual sucede quizá muy raramente—, entonces empiezo a comprender qué es el silencio. O cuando escucho verdaderamente a otro, sin sobreponer mis palabras o mis pensamientos. Y, más aún, empiezo a comprender qué es el silencio cuando me sitúo en verdad ante Dios para escucharlo. (2009, p. 7)

El silencio, pues, es la condición por medio de la cual podemos entrar verdaderamente en contacto con una persona y también con aquella misteriosa vibración personal que se da en la naturaleza. Por eso quizá se empieza

a experimentar el silencio en sus grados más simples, más elementales, cuando, por ejemplo, avanzamos solos por un bosque, cuando solos vamos alcanzando la cima de una montaña, cuando escuchamos determinada música, pero sin que se sobrepongan otros pensamientos, sin otras interferencias, abandonándose a uno mismo hasta cierto punto, es decir, dejando que uno descanse interiormente. Es algo que rara vez hacemos, porque en todo momento hay algo que nos parece indispensable que hagamos y llenamos de cualquier manera, con murmullos, gritos, ruidos, imágenes, nuestras horas del día y de la noche y nos vamos sumergiendo en un ambiente desbordadamente frenético.

Quizás en el pasado era más fácil hacer silencio, pues no existían tantos distractores como hoy. Pero de pronto en el pasado se exaltó demasiado el valor del silencio, sin averiguar la función que podía desempeñar en cada persona. Callar era, sin más, sinónimo de virtud. Actualmente, se puede caer en el error opuesto: quien habla dice lo que piensa sin miedo a las consecuencias; es un profeta, alguien auténtico.

Los libros del Eclesiástico y de los Proverbios recuerdan, a este respecto, las normas a las que debe atenerse el hombre sabio: “Mantente firme en tus convicciones y sea una tu palabra. Sé pronto para escuchar y tardo en responder” (5,10-11); “Antes de recriminar infórmate; reflexiona primero y censura después. Antes de responder escucha, y no interrumpas al que tiene la palabra” (11,7-8). “El hombre prudente guarda silencio” (11,12b). El sabio debe entonces dejar un tiempo para “entrar en contacto con la realidad; sobre todo, para hacer espacio al otro dentro de uno mismo, para acogerlo como es, escucharlo y comprenderlo” (Cencini, 1997, p. 179). Ahora bien, Cencini (1997) habla de un *silencio relacional*, es decir, de ese *humus* indispensable para que nazca y crezca:

El silencio suscita, ante todo, temor: temblamos solo de pensar que podemos escucharnos de verdad a nosotros mismos, conocer lo que hay en nuestro interior, y temblamos con solo pensar que hemos de escuchar verdaderamente a los demás, temiendo que nos digan tal vez cosas desagradables o nos hagan descubrir que nuestras relaciones no son auténticas. El silencio, pues, es decir, aquella condición profunda que permite que escuchemos, nos da miedo y lo evitamos tanto como nos es posible. Puede ser que nos fascine, pero con una fascinación apenas provisional. Quizá nos sentimos atraídos por unos instantes de desierto, de soledad, pero acto seguido la angustia se apodera de nosotros y, sin que nos

percatemos de lo que estamos haciendo, de nuevo nos damos al ruido, a la charla, a llenarnos de palabras y sonidos que nos distraigan y entretengan, porque tenemos miedo de concentrarnos. (Martini, 2009, pp. 8-9)<sup>2</sup>

Podría decirse, entonces, que el silencio es el esfuerzo por llegar a aquella concentración de la mente, del corazón, casi también del cuerpo, que me reúne en la unidad de mí mismo y me permite estar con toda verdad ante el otro y, por qué no, ante el misterio. Pero esto pide una determinada ascética, una cierta fatiga, y requiere precisamente que superemos aquel miedo, aquella angustia que, después de los primeros momentos de silencio, inmediatamente se apodera de nosotros, de tal manera que los propósitos que hacemos de detenernos un instante, de escucharnos verdaderamente, muy pronto quedan superados por la palabrería y por la búsqueda de cualquier sensación inmediata.

Tomarse un tiempo para recogerse, para alejarse un rato del ruido tanto interno como externo, es hacer espacio a ese *silencio reflexivo* que parece haber desaparecido de nuestros ambientes frenéticos. Así entendido, el silencio “aparece como una condición espiritual de la persona y como una condición para promover la unidad de todos los recursos interiores” (Cencini, 1997, p. 180). A la vez, nos permite tomar distancia de los acontecimientos y nos ayuda a no caer en el círculo de las respuestas reactivas e impulsivas:

Es el silencio de la reflexión, del hombre interior, el que literalmente se repliega sobre sí mismo, *re-flexionando* sobre su realidad y verdad, para abrirse luego a la relación y a la comunicación. Es también el silencio de la caridad, que sabe ser atento a la situación que vive el otro, que sabe renunciar a la palabra cuando ésta podría volverse atropello u ofensa. El aspecto relacional y reflexivo del silencio se requieren mutuamente. Con el uno se hace espacio a la alteridad; con el otro se toma el tiempo para estar con ella, ponderarla, discriminarla y degustarla. (Insingrini, 2003, pp. 174-175)

Ahora bien, el callar, el hacer silencio, es una vía personal y práctica. Es personal, en el sentido de que cada uno tiene su itinerario; es práctica,

<sup>2</sup> Para ampliar este tema del miedo al silencio se pueden consultar, entre otros, los siguientes autores: Coll Esteve (2007, pp. 135-151), Deison (1995, pp. 35-50) y Arróniz (2005, pp. 191-192).

porque se comprende, realmente, solo haciendo experiencia en un perseverante tú a tú. Esto implica que cada uno debe vivir el propio silencio, y que estará totalmente a su cargo el honor de comprender profundamente la cualidad de aquel callar; cualidad que él mismo deberá aprender a discernir exactamente mientras lo está viviendo: “Cuando la palabra es pronunciada, el silencio calla y espera, porque sabe que es él quien confiere sentido y mensaje a la palabra. Una palabra sin silencio quedaría huérfana” (Arroniz, 2005, p. 187).

Oír y escuchar, escuchar y oír. Aunque de ordinario tendemos a confundir ambos vocablos en el lenguaje corriente, estas dos palabras tienen significados diferentes. Este es uno de los males del hombre actual: no sabe estar sin oír algo, lo que sea y donde sea: programas de televisión, llamadas telefónicas, videos, música, anuncios, noticias, reclamos. Es decir, oímos muchas cosas al cabo del día, pero escuchamos pocas o ninguna. Así, perdemos la capacidad de escucha, por tantas voces, por tanto ruido como oímos. Oír es fácil, no requiere un esfuerzo especial para fijar la atención, ni para profundizar. Oír es algo externo; por eso es tan superficial nuestra vida, pues olvidamos al momento lo que acabamos de oír.

En cambio, escuchar es una actividad interior que asimila y se identifica con lo recibido. Se escucha a la persona, se escucha con el corazón; por eso es más difícil, porque requiere concentración, selección de los mensajes que oímos, interesarnos por quien nos habla y por el contenido de sus palabras, gestos, miradas y silencios. Escuchar es estar respetuosamente atento al otro en una predisposición para entrar en comunión con él. No se puede escuchar sin detenerse, sin acoger, sin discernir y asimilar prudentemente, y esto desde el silencio.

A escuchar solo se aprende mediante el ejercicio noble de la escucha. Y solo en el silencio aprendemos a escuchar al otro. De este silencio tiene necesidad el hombre actual que a menudo no sabe callar por miedo a encontrarse a sí mismo, descubrirse, sentir el vacío que se interroga por su significado; en definitiva, el hombre que se aturde en el ruido y se sumerge cada vez en una vida frenética.

## **Conclusión**

Cabe reiterar entonces que el silencio también es un lenguaje. Sabemos que existen muchas formas de silencio y que hay silencios de silencios. El

silencio, en realidad, es una cuestión de relación y de comunicación. Jamás nadie está en silencio ante sí mismo absolutamente solo. Guardamos silencio ante los demás. Pero, alguien dirá, también está el silencio interior, el silencio de la persona que está sola. Este silencio comporta la condición de una triple presencia: presencia de uno mismo, sin duda, pero que abre a la presencia de los demás y a la presencia de Dios.

Es decir, sin un mínimo de silencio interior, estamos ausentes de nosotros mismos y, en consecuencia, ausentes para los demás y ausentes para Dios. Si esta es la realidad, si el silencio pertenece también al lenguaje, si el silencio tiene un valor interpersonal, esto quiere decir que cualquier silencio reclama ser interpretado. Pero el silencio de uno lo será siempre en función de la calidad del silencio del otro. Así, el silencio no es un valor cualquiera, ni tiene solo un sentido ascético como quizá a veces se pondera sin más. El silencio es una fuerza interior, una reserva poderosa y fecunda que integra a la persona liberándola de la dispersión y que le hace ser más dueña de sí misma.

140 ■ El silencio descubre nuestra agitación interior y nuestras tensiones. La verdad de uno mismo solo se percibe en el silencio. Pero tenemos miedo al silencio, nos resistimos al silencio, quizás porque los rincones desconocidos del alma, en el silencio y en la oración, salen a flote. Tenemos miedo al silencio, que confundimos, a veces, con el vacío. Quizás porque creemos que hacer silencio es negarse estoicamente a todo, cuando el silencio del que hablamos es todo lo contrario: es ponernos en contacto con lo profundo de nuestro ser; es abrir activa y gozosamente todos los poros del espíritu al misterio del otro y de lo otro. La invitación al silencio, como condición indispensable para la oración profunda y el encuentro inmediato con el Absoluto y con el otro, resuena con particular insistencia en las páginas de los Salmos y no está ausente en otros textos bíblicos.

Ahora bien, en el contexto puramente humano, podemos advertir que la distracción y la palabrería no facilitan la escucha y la reflexión. Para que el silencio sea fecundo en nosotros, es preciso quedar libres del frenesí manifestado en las múltiples preocupaciones, afanes y turbaciones inútiles por las que nos dejamos agobiar y preocupar. Jesús nos dice: “No anden preocupados por su propia vida, qué comerán, ni por su propio cuerpo, con qué se vestirán” (Mt 6,25). Escuchar es abrir el corazón, es saborear en silencio, con pausa, la Palabra rica y creadora de Dios. Nos enriquecemos abriéndonos a Dios y a los demás. Cerrarse sobre sí mismo, autocomplacido

en la propia torre de marfil, empobrece, endurece y ciega, dejándonos prisioneros de las limitaciones de nuestro yo, siempre finito.

Es necesario aprender un silencio que permita al otro hablar cuando quiera y como quiera y comprender esa palabra para poder entrar en diálogo constante y profundo con él. De ahí que sea un elemento antropológicamente esencial.

## Referencias

- Arroniz, P. (2005). *Es la hora de la experiencia de Dios*. Burgos: Monte Carmelo.
- Augeri, C. (Coord.) (1991). *La retorica del silenzio. Atti del Convegno Internazionale (12)*. Lecce: Milella.
- Bonaccorso, G. (1989). Il ritmo silenzio-parola nel rito: Riflessione antropologica. *Revista Liturgica*, 4, 229-230.
- Coll Esteve, J. L. (2007). *El silencio: II Seminario Desierto de las Palmas*. Castellón, España: Fundación Desierto de las Palmas.
- Cencini, A. (1997). *Qué hermoso es vivir unidos*. Barcelona: Herder.
- Deison, S. (1995). *Il canto del silenzio. Alla scoperta di una dimensione perduta*. Milán: Paoline.
- Diccionario del pensamiento contemporáneo* (1997). Madrid: San Pablo.
- Guardini, R. (1972). *Virtù*. Brescia, Italia: Morcelliana.
- Heidegger, M. (1987). *De camino al habla*. Barcelona: Odós.
- Insingrini, V. (2003). *La palabra que nace del silencio. Aspectos psicoespirituales de la comunicación en la vida fraterna*. Pamplona: Verbo Divino.
- Martí García, M. (2012). *Una mirada interior: una atenta actitud de escucha*. Madrid: Ediciones Internacionales Universitarias.
- Martini, C. M. (2009). Experimentar el silencio. Invitación al silencio. Silencio-Oración-Liturgia. *Cuadernos Phase*, 189, 7.
- Sesboüé, B. (2009). Cuando Dios se calla: silencio de Dios y silencio del hombre. Invitación al silencio. Silencio-Oración-Liturgia. *Cuadernos Phase*, 189, 34.